

# LA ISLA DE LOS CANTICOS

*de María Eugenia Vaz Ferreira*

## I

¡Isabel! ¡Enriqueta! ¡María Eugenia!

¡Rimbaud! ¡Renán! ¡Vaz Ferreira!

¡Trilogía idílica de la fraternidad consanguínea! ¡Conmovedora realidad conseguida por el espíritu, y casi imposible de ver en el plano social de la vida!

¡Cómo se magnifica la celebridad de los hombres cuando muestran al lado ese compañerismo intenso y lírico de la hermana iniciada y amorosa!

Este caso reciente de la publicación de los versos de María Eugenia Vaz Ferreira en un libro, es de lo más solemne y delicado que puede verse.

Muerta la poetisa, su hermano, en cumplimiento de un sagrado y directo compromiso, se pone en seguida a ordenar, corregir e imprimir las poesías preferidas de la autora. Ella nunca se había animado a editar un libro. Sufría aquella tortura de un personaje heiniano: cuando el libro estaba haciéndose, bruscamente, con un gran miedo destrozante, suspendía el trabajo editorial, y rompía las pruebas corregidas.

Escrúpulos de intimidad dramática, ponen alerta al filósofo sentimental.

En una maravillosa y confidencial página que ha pegado en forma de hoja humilde al texto, dice el estremecido Maestro a cada momento: respeto su puntuación; respeto sus preferencias; adivino su último retoque; "respeto su alma completa".

Ultimamente, María Eugenia, después de vencer las mil incer-

tidumbres que le duraron casi toda la vida, había resuelto publicar el libro de versos. Enferma de cuidado, tuvo que dejar las correcciones en lo mejor.

“Entonces — dice Vaz Ferreira — convinimos en que yo la ayudaría para la parte material de esa corrección, si mejoraba. Y para el caso de su muerte, me pidió que yo publicara el libro. Es el presente.”

Así, este libro es uno de esos libros fuertes y tremendos, dignificados por la seriedad espiritual de los últimos días y de la muerte.

Se llama “La Isla de los Cánticos”. Y el título es de viva y escondida vinculación. María Eugenia, realmente, vivió toda su vida en una isla espiritual.

Era una huraña delicadísima. Tenía la arisquez suave del aire de la isla. En su repliegue insular, como un pájaro doloroso, cantaba su destino de víctima aislada, de cariñosa extraña, de “in-sentida”.

Su alma terrible, de vocación trágica, nunca pudo acertar con el sitio profundo de una tranquilidad. Sus nervios, finos hasta doler, su percepción herida de las cosas de la vida y el amor, la pusieron en un estado áspero y suntuoso, y hasta le dieron la fiera de una idiosincrasia wagneriana; sobre todo, en sus últimos tiempos de “Las Quimeras” y “El Regreso”, donde ya grita al desnudo su heroica actitud walkírica en versos posiblemente nunca oídos en ninguna otra lengua de la tierra. Versos de una manera sañuda y ornamental.

Debo confesar que recién en 1919 empecé a valorizar esta mujer. Había publicado en una revista dos Nocturnos que aparecen en este libro. Y la admiré, de golpe. Hasta entonces, yo consideraba a María Eugenia Vaz Ferreira sólo como a un nombre prestigioso de nuestra Literatura; como a un antecedente de poesía femenina en el Uruguay.

Desde aquella época, la seguí con una intención nítida y selectiva. Rara vez dí con ella. Hasta que murió. Y empezaron a publicarse versos suyos decididamente perdurables.

## II

Este libro es un libro "arduo" y glorioso. Tiembla en él la presencia de un espíritu dolido y fantástico encarnado en su música. Ahora, en nuestra realidad, en que, aturridos por los ruidos de tanta tendencia forastera y mortal, nos vemos desesperando ya de los asuntos profundos del arte, este libro, maduro y armonioso de dolor, purísimo de palabra, y duro de eternidad, es un llamado equilibrante a la reacción: a atender y entender los firmes valores del espíritu, para discernir los que vengan; los que vengan con la entraña golpeada por la alegría y la tristeza, por el grito y el gemido; — los verdaderos espíritus con derecho a ver a Dios.

Yo mismo, me decía Vaz Ferreira, no me había dado cuenta de que María Eugenia era tan honda. Fué el rigor amoroso de cumplir la promesa, el que le hizo entrar hasta ella, religiosamente. Y verla en espíritu; hasta la raíz de la música.

Y así nos ha pasado a todos los que sentimos y escribimos con acerba sinceridad artística.

## III

El espíritu de esta mujer formidable es de un gran espesor simbólico y suntuario. Hay que gustarlo con atravesamientos de capas vivas. Y llegarle a la hondura. Como se hace con los lagos hondos, brumados de hermosura.

Uno lee en intensidad "La Isla de los Cánticos", y siempre el verso señala el espíritu de María Eugenia.

Una mujer sufrida de soberbia que, de pronto, se aniña; a deshora, envidia la sana mujer de un herrero; de golpe, como en las cosas nórdicas, hace galopar su corcel amazónico, y canta furiosamente su castidad; exabrupto, pide un vencedor de todo que sólo ante ella caiga de rodillas, — y al fin, al fin, esto de tenebrosamente cierto: una mujer sin esperanza que a todo clama consuelo;

privilegiadamente, a la palabra viva, a la noche ciega y muda, a la belleza trasmutadora y a la muerte purificante.

¡Cómo canta esta mujer a la noche y al verbo y a la muerte!

¡Hay que leer "Hacia la Noche", "Invocación", "Oda a la Belleza", "Canto Verbal" y "El Regreso"!

#### IV

En "La estrella misteriosa" cantó hace años la aparición aturdidora de su vocación. Y esa estrella fatal, que la atrae y nunca puede ver, le dió la angustia para toda la vida. Y hay algo de vengativo en el desespero de esa estrella. María Eugenia no sentía las estrellas. Sentía la noche hosca, "de corazón de terciopelo negro", de "sangre morena".

"Mi canto será vivo

Sólo por el deseo

De serenar la cotidiana angustia."

¡Oh, Noche, yo te quiero

Sin el fulgor de luminosos astros!

María Eugenia sentía la noche que está del otro lado de las estrellas. La Noche-noche. La plenitud abismal a donde van los grandes espíritus, al fin de toda tortura o de todo ahondamiento decisivo.

En "Rima Vacua", poesía de una insipidez costosa, dice que "las estrellas le han dado vuelta las espaldas".

#### V

En unas líneas de entusiasmo como estas, no es posible detenerse, como el libro se lo merece, a gozar fruitivamente todas sus acendradas hermosuras.

"Desde la Celda", "Ave celeste", "Voz del Retorno", "Fan-

tasía del Desvelo", "Enmudecer", son poesías de las que resisten todos los tiempos. Anda en ellas la ondulación eviterna del espíritu.

En esas poesías afirma amargamente, como con música chopiniana, su calidad de novia de la soledad y el silencio. Y gime:

“¡Ay de aquel que fuera un día  
Novio de la soledad!  
Después de este amor supremo  
¿A quién amaré?”  
“...Sí, más allá de sí mismo,  
Más allá del propio mal,  
Amorosamente solo  
Con su mal de soledad.”

Le dice al alma que ya no hay nada que guardar ni que esperar de la vida, y canta, desoladamente:

“Es en vano, alma mía,  
Es en vano que veles.  
La noche pasa sobre sus fúnebres corceles,  
Y el sol del nuevo día  
Con la irisada pompa de todos sus caireles  
Se quebrará en el fondo de tu urna sombría.”

Y ya estamos en “Unico Poema”, poesía que tiene sus andanzas.

“Había pruebas de 43 poesías, de las cuales ella había determinado 40 para esta selección. Entre las tres eliminadas figuraba la titulada “Unico Poema”, la cual me impresionó tanto que le pregunté la razón de su exclusión. “Nadie la entendió”, me dijo, y accedió fácilmente a mi pedido de que la volviera a incluir; por lo cual he creído deber intercalarla.”

Así escribe el filósofo trágico y sensible.

“Nadie la entendió”. ¡Qué ingenua mujer!

¿Quién, de entre esos amigotes burgueses o de entre esos artistas mediocres y vanidosos que solían acercársele, iba a calar tan por lo intérrimo ese poema “spinoziano”? ¿Quién iba a erizarse de os-

curo terror al leer esos "chojé, chojé" de la "mancha quejosa" del pájaro abismático?

Aquello de "muerte inmortal"; aquello del juego", "cunas y tumbas en que estaba la soledad"; aquello del mar metafísico y palingenésico, — ¡en qué cabeza feliz o en qué seso embarullado por las futezas de la vida iba a provocar una repersusión simpática y patética?

"Nadie la entendió."

Esa es la verdad de "Unico Poema", de tus versos y de tu vida.

Hoy que vives esencialmente y ves desde tu felicidad infinita nuestras viejas miserias, debes sentir desde tan lejos la verdad pura de tu gloria que ya no podrá negarte ninguno de los que tienen derecho a hablar por heroísmo de espíritu.

*Pedro Leandro Ipuche.*

Montevideo, Febrero de 1925.

